



NANA DE PRIMAVERA

(Inspirado en *La siesta* de Vincent Van Gogh)

El jolgorio jugueteón de ágiles jilgueros recorría el dorado trigal acunando los sueños de Iluminada a la sombra del almiar. Joaquín, en cambio, espantando la luz de sus ojos con un sombrero de paja, tan sólo dormitaba, su cuerpo envuelto en sudor. A su mente acudieron salmos de grillos entonados en honor de la diosa Luna en las noches de su niñez. Vio a su abuelo enseñándole, con dedos hábiles, a construir jaulas para grillos. Siempre le entusiasmaron esos insectos a los que durante días observaba, alimentaba y después devolvía su libertad. Creció, y de mano también del abuelo -el único padre que conoció- aprendió sus primeras letras. La m con la a “ma”, y la ma con la ma “mamá”, esa madre que cada noche abonaba dulces sueños con historias increíbles que siempre acababan con un beso cálido en la frente y la sábana bien encajada bajo su barbilla.

Los recuerdos se fueron diluyendo como la sal en el agua y ya no supo si recordaba o soñaba. Los trinos cesaron de repente dejando al campo huérfano de vida para arreciar un segundo más tarde y sobresaltar a Joaquín en medio de su sopor. Recobró la conciencia unos momentos y una ilusión nació bajo el sombrero fruto de esa evocación de la infancia: algún día él tendría un hijo que también aprendería a construir jaulas para grillos y que, con el tiempo, empuñaría un lápiz y escribiría hermosos cuentos aprendidos de boca de su padre. Los dos cabalgarían las mañanas de domingo, después del oficio de misa, y cazarían alguna liebre que Iluminada guisaría con esmero. Los dos sembrarían... los dos reirían... los dos... Y los jilgueros desaparecieron de su mundo para dejar sitio al sueño. Soñó risas, soñó balbuceos, soñó primeras palabras apenas comprensibles, soñó caballitos de madera galopando por caminos de ilusión, soñó llantos de hambre en la madrugada acallados con leche tibia, soñó una manita

suave acariciando su barba hirsuta, caricias suaves, suaves, suaves... Sus ojos se abrieron y los jilgueros regresaron. El sueño se había escapado, pero no así las caricias. Alzó su sombrero y ante él halló el rostro sereno, amoroso, radiante de su joven esposa. Desde el otro almiar le llegó el tintineo del cencerro del buey que rebuscaba con su morro entre los tallos segados del trival.

-Hola –le susurró Iluminada haciéndole cosquillas en la nariz con una espiga de trigo.

-Hola.

-Tenemos que volver a la faena.

Joaquín hinchó sus fosas nasales para llenar los pulmones de un oxígeno que le ayudara a abandonar el solaz robado a la siega. Se incorporó y encajó las alpargatas en sus pies reseco. Iluminada deslizó un beso en sus labios y le caló el sombrero en su cabeza.

-¿Vamos? –preguntó alegre la labriega mientras recogía las sonrientes hoces.

-Mucha prisa tienes tú hoy por reanudar la tarea.

-Sí, mientras pueda... -Iluminada dejó inconclusa su enigmática respuesta e hizo ademán de dirigirse hacia un montón de gavillas, pero su marido la retuvo por la muñeca con gesto preocupado.

-¿Cómo que mientras puedas? ¿Te ocurre algo?

Iluminada tomó su mano recia, encallecida y la llevó con infinita ternura a su vientre:

-En la próxima siega, tendré otras ocupaciones.

VICTORIA E. MUÑOZ JIMÉNEZ